

Sobre la libertad, el rol, la identidad y las instituciones

La libertad puede entenderse como la facultad de obrar o de no hacer ante un estímulo social o personal, lo que comporta necesariamente, responsabilidad en los actos. Esto no implica, falta de sujeción o subordinación. Es de todo punto impensable plantear que el ser humano pueda carecer en todos los aspectos (quizá en algunos muy concretos) de subordinación a ideas, circunstancias, personas o cosas, si no a todas ellas juntas. El ser humano está subordinado a todas estas cuestiones, que quizás podríamos llamar contexto en tanto que condicionan o incluso, determinan, las elecciones. No por ello, dejaremos de hablar de libertad, que cualitativa y cuantitativamente, puede graduarse. Con esto quiero decir que son variados los grados de libertad (incluso como concepto matemático-físico) que puede vivir un hombre. En última instancia, queda la posibilidad que apuntaba Víctor Frankl¹ de elegir, desde nuestra libertad, la forma en la que nos vamos a enfrentar a las circunstancias. Se abre la posibilidad de elegir aliarnos con lo inevitable o soportar lo insopportable o por el contrario, sucumbir. Este es un ejercicio de libertad, creo, suprema.

La socialización implica el pago de un peaje. Una parte de nuestra libertad queda cercenada por las normas mientras que otra de ella, emerge precisamente, por las posibilidades que ofrece la vida en sociedad, y las opciones que se barajan como consecuencia de estar inmersa en ella. Observando a un bebé por ejemplo, se tiene la certeza de los efectos de la acción y la no acción que comporta la norma social. Cuando un bebé no habla, no opta a modular el ambiente, a hacer suyas las intenciones sobre las cosas. Cuando accede al lenguaje² emerge la posibilidad de controlar o influir una parte del ambiente con los efectos deseados y no deseados que comporta. Por tanto, la falta de soberanía que comporta el tributo social, convive con la posibilidad de utilizar nuestra parcela para cuestiones nuevas, no previstas por el común social. Es decir, actuar en nuestro devenir, con libertad,

Por su parte la rutina estabiliza la vida social. Engrana y hace previsible nuestra conducta. Prepara al ser humano y le otorga control sobre el ambiente. Tranquiliza. No incide, sin embargo en la libertad. No por la rutina. Me refiero al hecho de que la libertad perdida, los efectos no deseados de la conducta comportan una pérdida de libertad en sí. El hecho de que se sometan a rutina y a práctica habitual no les resta ni añade libertad. La socialización si implica esta pérdida, pero la rutina –de connotación peyorativa– proporciona las referencias desde las que ejercer la parcela personal de libertad.

Respecto a los roles, nacen como concepto de la idea de una representación teatral, de adoptar un papel. En el teatro vital que supone la participación vital, adoptamos por una cuestión adaptativa ante las exigencias del medio. Entonces, el guion es social y la cualidad interpretativa es decisión del actor, de su libertad.

¹ Frankl, V. *El hombre en busca de sentido*. Herder. Barcelona, 2004

² Aspects of the Theory of Syntax. Publisher NY. MIT Press. 1965

Estos roles representados discurren en paralelo a la propia identidad. Sólo desde la conciencia de la misma se puede proyectar diferentes versiones de ella (los roles). La identidad es, entonces, un aprendizaje social en el que se comienza diferenciando uno mismo (*self*) de los otros de manera generalizada, lo que implica un todo formado por símbolos, valores, creencias y prácticas. Todas ellas combinadas de diferentes modos se presentan, como distintas melodías formadas por la suma diferente de las mismas notas en los mismos. Sin embargo, son proyecciones distintas de la misma realidad, la propia identidad.

Enlazado con lo anterior, puesto que como he señalado, la formación de la identidad es un proceso que se realiza en sociedad (cabría preguntarse cómo sería la identidad de un ser humano que no se hubiera socializado, verbigracia el niño de Aveyron³). Por tanto, ese mundo único posible e incuestionable es el que sirve como primera palanca social, el de la socialización primaria y en el que si es adecuado, no caben ni la duda ni la desconfianza puesto que es rotundo, real y en él se encuentran los otros más significativos (normalmente, la familia). Si esta primera socialización es adecuada, entonces la realidad se teñirá de connotaciones afectivas. Sin los afectos, no es posible la socialización, ya que el afecto es la piedra roseta de identificación de acciones y roles que conforman el juego social. En efecto, patologías como el síndrome de Asperger o formas más graves de autismo implican la incompetencia social por la imposibilidad de comprender los afectos, que permiten identificar las metáforas, formar adecuadamente el *self* y experimentar empatía como proceso de “sentir con”.

Adentrado en la socialización primaria, vendrá la secundaria, más débil por cuanto es parcial y carece de la rotundidad de la primaria y de nuevo, los afectos constituyen la piedra angular del proceso. En la socialización secundaria, no necesariamente se produce una identificación afectiva, sino el uso (manipulación) de los otros significativos, en el juego de roles vital. Aparece la posibilidad de elegir porque el mundo deja de ser el único posible, sino que existe la posibilidad de varias realidades (varios roles) que posibilitan adaptaciones diversas a contextos diferentes, salvaguardando esta socialización primaria en la medida posible, que es más estable, con mayor vocación de permanencia.

Todo esto nos conduce a la idea de institución social. El individuo socializado primaria y secundariamente, preparado entonces para el desempeño de los distintos roles que el guión de la vida social reclama, se zambulle de lleno en las instituciones. En una primera aproximación podríamos hablar de ellas como cosas establecidas o fundadas. Esto nos traslada la primera aproximación que se relaciona con las instituciones. El hecho de que no son conceptos de orden natural, en tanto que son construcciones sociales. Absolutamente necesarias para regular el orden social y garantizar la adaptación de los individuos a él. Con lo que deben ser profundamente vinculadas a la cultura y diferentes en función de ésta

³ *Rapport fait à son excellence le Ministre de l'Intérieur sur les nouveaux développements et de l'état actuel du sauvage de l'Aveyron. Paris, 1807. In: Desiré-Magloire Bourneville (1840-1909), editor: Rapports et Mémoires sur le Sauvage de l'Aveyron. Paris: Alcan, 1884.*

puesto que la dotan de significado y hace que las conductas sean esperables y “adecuadas” como tañen las campanas a la hora establecida. Quizá impliquen una cierto cercenamiento de la espontaneidad, pero esto es sólo en apariencia pues toda conducta requiere de un medio de expresión, de un canal para desenvolverse y la elección de un canal implica la renuncia a otros. De este modo, hasta la expresión más salvaje de algo implica la renuncia (consciente o no pero sí como concepto) a otras formas de expresión. Por tanto, el grupo de pautas, las rutinas el mapa de ruta de la sociedad se articula en la institución.

Es por tanto obvio que, las instituciones no son estáticas sino totalmente permeables a la evolución de la sociedad a la que sirven. Eso sí, no desaparecen. Sólo mutan.

El bebé, niño después y más tarde adulto, en este proceso de socialización toma contacto desde muy pronto con la primera institución (convención adoptada socialmente para canalizar la comunicación) el lenguaje. Gracias a él logrará socializarse y desplegar sus deseos y necesidades. Por tanto, toda institución, aunque se internalice en su insistente uso, es en primer lugar, externa y ajena al individuo. Es también experimentada como una cuestión objetiva, que está de manera pretérita y trasciende al individuo. En su vertiente más castrante, impone unas normas, una vía por la que circular. El bebé que libremente expresaba cuanto le acontecía con los recursos de los que disponía (llanto, sonidos de diversa índole) aprende con la interacción social que algunas de sus expresiones deben ser moduladas e incluso deben desaparecer en la interacción social. Las instituciones con las que se relaciona desde el momento del nacimiento impondrán su orden y demanda de estabilidad y continuidad. Correspondrá a él y a otros muchos hacerlas evolucionar en el devenir social aún a riesgo de ser estigmatizados. Pero en el comienzo, deberá introyectar la institución con toda su carga histórica. La institución, además, encarnada en los padres e iguales en un primer momento de la vida del individuo modulará mediante el ejercicio de la autoridad –entendida como poder socialmente reconocido- las conductas que se desvían de lo que los patrones normativos e institucionales del momento reclaman. ¿Qué habría sido de este bebé socializado, inmerso en las instituciones de haber nacido tres siglos antes en el continente africano, por ejemplo?. En este caso, las instituciones hubieran operado igualmente sobre el sujeto, pero de modo muy distinto en orden a canalizar la expresión de su rol, la formación de su identidad, la percepción del otro, el concepto de rutina y la percepción de libertad.